

## EL VIEJO LIMONERO

La especialización en Alemania había durado para Matías Rodríguez Alzaga más de lo que se hubiera imaginado. Estar alejado de su hogar durante quince años no era lo planeado pero un curso llevó a otro y así se extendió el plazo. Ya era hora de volver, darles ese abrazo tan deseado a sus padres, compartir tiempo con ellos, con los amigos, y por qué no buscar a la mujer que quiera y pueda compartir su vida tan llena de ocupaciones y responsabilidades.

El viaje se hizo largo, quizá por la carga de ansiedad que Matías tenía. Volver a la casita de los viejos, con todos los honores cosechados en este tiempo, agradecido con esas dos personas que no sólo le dieron la vida sino que contribuyeron fuertemente para que él sea lo que hoy es, un prestigioso neurocirujano, reconocido por las mejores academias de medicina de todo el mundo. Pero por sobre todo, agradecía a sus viejos que nunca le hubieran dejado olvidar de dónde venía y cuáles habían sido sus raíces, sin cortarle las alas para volar.

La azafata comunicó que se abrocharan los cinturones porque estaban próximos a aterrizar. El corazón quería salirse por la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba volviendo.

Retiró la valija, tomó un taxi; en el trayecto fue viendo que su querida ciudad había crecido mucho, las construcciones habían tomado altura, las calles que antes eran de tierra ahora estaban todas asfaltadas, había más plazas, el ruido de los autos también había aumentado. El taxi se detuvo frente a una casa antigua, color amarillo, rejas verdes, y en el umbral, sentado apaciblemente, un sujeto con un whisky en la mano, disfrutando el fresco de la nochecita: su padre, su viejo querido; don Manuel, como era conocido desde siempre en el barrio.

El encuentro entre padre e hijo fue muy emotivo. El anciano lo tocaba como para comprobar que no estaba soñando. “Volviste”, le decía; Sí papá, volví para quedarme. “¡Vieja, vieja, mirá quién volvió a casa!”. Doña Soledad, que estaba amasando los tallarines para el domingo vino chancleteando “¿Qué pas...”, no pudo terminar la frase, sus ojos se llenaron de lágrimas y un grito de alegría brotó de lo más profundo de su pecho. Matías la levantó y la hizo girar como lo había hecho siempre. “¡Qué sorpresa más hermosa! Pero por qué no avisaste que venías, hubiera tenido todo preparado para recibirte”. Por eso, dijo su hijo, para encontrarlos al natural, como yo los recordaba. Vamos adentro, tenemos mucho de qué hablar.

En la cena la charla fluyó de un lado al otro contándose lo transcurrido en los últimos quince días. La vida de los padres no tenía muchas novedades, ya eran viejos y rutinarios, sin embargo estaban ansiosos por saber todo lo que su hijo tenía para contarle. La sobremesa se extendió más de lo habitual y Matías estaba realmente cansado, se retiró a su antiguo dormitorio; el que su madre había mantenido intacto, tal como él lo había dejado. Durmió como hacía rato no lo lograba. Lo despertó el ruido de los pájaros que provenía desde el jardín del fondo, siempre le había gustado esto y ya lo tenía olvidado. Levantó la persiana y ahí lo vio, enorme, verde brillante, y lleno del fruto dorado, el limonero. Cuántos recuerdos le vinieron a la mente en un instante. Se vistió apurado, quería ir al patio donde

también estaba viendo a don Manuel regando y abonando las plantas. Siempre había tenido mano verde. Cuando salió del dormitorio le llegó un agradable olor a pan tostado desde la cocina.

-Buenos día mamá ¡qué bien dormí!, necesitaba este descanso reparador, el viaje fue largo para este cuerpito.

-Hola hijito, sentate, ya tengo preparado tu desayuno. ¡Manuel el café con leche ya está servido, vení a tomarlo antes de que se enfríe!

-Buenos días Matías, la mañana está estupenda hoy, los rayos del sol ya comienzan a calentar más, se nota que se está aproximando la primavera, los almendros y aromos ya están floreciendo, y el limonero ha empezado a echar limones a lo grande.

-Buenos días papi. Sí, lo he visto desde mi ventana. Ya tengo ganas de salir al patio a sentir los aromas de la tierra, las flores.

La tierra estaba húmeda, se acercó al limonero, lo tocó, lo abrazó y se quedó así por largo rato con la mente perdida en la primera vez que ese arbolito llegó a casa. Fue un día de primavera, su padre siempre había querido tener uno pues le recordaba al que habían dejado en la casa del abuelo, allá en Italia, cuando tuvieron que embarcarse hacia América, huyendo de la guerra. Tenía un tronquito muy finito y una que otra hojita; eligieron plantarlo en el medio del patio, para que todos lo vieran Matías tenía cinco años, también era un niño flacucho, crecieron juntos. En su imaginación de niño, y cuando empezó a dar los primeros limones, el árbol fue una montaña pirata donde escondía el oro robado; a sus pies leyó las mejores revistas de aventura que su padre traía del kiosco de don Lucas; vivió su primera decepción amorosa cuando Verónica dijo que prefería e Enrico porque era más alto y tenía un cuerpo más robusto. Bajo el limonero tuvo su primera charla de hombre a hombre con Manuel, hermosos consejos que le sirvieron para afrontar la vida, y a sus pies también lloraron abrazados cuando tuvo que partir a la universidad.

Cuántas cosas encerraba ese arbolito en su vida. Una suave brisa movió las hojas y las ramas, como si también él le dijera ¡volviste Matías! “Un, dos, tres, paloma, paloma, el que no se escondió se embroma...” Ya ninguno de los dos era joven, atrás habían quedado todas estas fantasías e historias de vida y hoy, de regreso a casa, nuevas historias seguirán tejiéndose entre el aroma de los limones, el néctar de sus flores, los mates con su viejo bajo su sombra, y el grito de su madre llamándolos a comer...